

esta gallarda hueste cuatro leguas de camino, cuando descubre al ejército de Farnesio dispuesto en trapecio, fuerte de diez y seis mil peones y cinco mil jinetes, y carga á la caballería ligera que aparece en la vanguardia.

Al punto da Farnesio la orden de suspender la marcha; manda avanzar á la artillería y se prepara á la batalla. «Parecía imposible que un tan gran soldado como Enrique se aventurase con sola caballería á sostener el choque de aquel ejército» (1).—Le place decirlo así, dijo Enrique IV cuando se le contó despues la sorpresa de Farnesio; no está obligado á hacer el pipiolo; bien lo sé.

Enrique tenia que suplir la falta de ejército con exceso de valor personal, haciendo de modo que sus camaradas, y áun sus mismos enemigos, estuvieran orgullosos de él; acaso tambien participaba de la embriaguez de ellos, cuando oprimiendo los ijares de un caballo, veía á veinte mil hombres tomar posiciones de combate ante un puñado de valientes; cuando cargaba las primeras filas y desaparecía al través de los hondos caminos, dejando ó tomando á la grupa á sus migueletes, para simular mejor un ejército, salvando los sotos, haciendo ver por todas partes caballos, penachos, detonaciones de mosquete. Testigo de esta ostentacion, se siente inquieto Farnesio, y creyéndose obligado á emplear gran prudencia, se atrinchera contra estos seiscientos caballos (2). Una especie de gloriosa locura hace saltar á los jinetes de Enrique IV, que se arremolinan al rededor del inquieto ejército y cargan los cañones en batería. Es el mejor día de este lúgubre período: los que sobrevivieron, se estremecian de satisfaccion á este recuerdo, treinta años despues (3). El mismo Mayena decia: «Son hombres que de padre á hijo están avezados á la muerte.» Enrique IV fué alcanzado por una bala en los lomos. «Amor mio, escribia aquella misma noche á Gabriela Strées, por poco no pierdes á tu servidor, de un tiro de falcon (4). Te beso los piés un millon de veces.»

Este buen humor no interrumpido, este ardor, estas proezas, dan autoridad entre los hombres.

Farnesio comprendió aquella noche que no habia tenido que habérselas más que con una apariencia de caballería; su prestigio se amenguó y los españoles comenzaron á criticarle. «Aunque

(1) Coloma, p. 54.

(2) Coloma. «Tanto pudo la prudencia de poder cautelarlo todo.»

(3) Véase la relacion de Aubigné.

(4) Pieza de artillería que se llevaba al brazo. Sobre esta palabra añade Enrique un chiste permitido en las costumbres de la época, á propósito de la enfermedad de su primo el cardenal y de sus causas.

el suceso del día de Aumale fué bueno, escribe Ibarra (5), le parece que pudiera ser mejor.» Los días siguientes fué víctima de las faltas del jóven duque de Guisa y de Mayena, que se dejaban copar gruesos cuerpos de caballería, teniendo siempre de frente, á dos leguas, la caballería del enemigo» (6). Farnesio tomó á Neufchatel (7) y se acercó, en fin, tanto á Ruan, que Enrique IV, poco seguro de su infantería, tuvo que levantar el sitio (8); pero despues de haberlo mantenido tres semanas desde el combate de Aumale, y sobre todo conservando todo su prestigio sobre sus soldados. Las maniobras ejecutadas con fiabilidad por su ejército, separaron á Farnesio de sus abastecimientos. «Iba deshaciéndose el ejército, escribia Ibarra (9), y el enemigo con su caballería se alojaba siempre cerca de él.» De las incomodidades se ha recibido harto daño por la falta de dinero y lo demás necesario. «Coloma negoció cuarenta y tantos mil escudos que se dieron á la gente francesa, y otros veinte mil por las pagas de enero y febrero del de Mayena... La de S. M. no ha recibido paga ni socorro, fuera de la que se le dió á su entrada en Francia.» Habia que pagar, tambien, á algunos desdichados suizos que el papa habia suministrado (10).

El cansancio y los sufrimientos de una campaña de invierno suspenden las hostilidades durante el mes de marzo. Enrique IV reside en Pont-de-l'Arche, teniendo su material de sitio y sus víveres en Caudebec. Aquí reaparece súbito Farnesio el 23 de abril (11). «Al llegar ayer fué á reconocer este lugar, como suele, aventurándose cierto harto más de lo que sería razon... Diéronle un arcabuzazo en el brazo derecho entre la muñeca y el codo (12). No pasó la bala y hubieronle de cortar porque saliera. Y yo, añade Tassis, deseo vernos desembarazados y salidos con brevedad deste rincón, donde se está con grande estrechez de vituallas y forraje.» Es tambien la opinion de Diego de Ibarra (13), que envía á Felipe noticias de la herida los dos días siguientes. «Alejandro, dice, se exponia como un soldado particular... por poco que dure su enfermedad, hará falta muy grande

(5) Ms. Arch. nac. K. 1581, p. 34.

(6) *Ibid.* p. 46.

(7) *Ibid.* p. 40. Tassis al rey. Fué el 14 febrero 1592.

(8) *Ibid.* p. 46. Ibarra al rey. El 27 febrero 1592.

(9) Ms. Arch. nac. K. 1581, pieza 46.

(10) *Ibid.* p. 34. Tassis al rey, 15 febrero 1592.

(11) Ms. Arch. nac. K. 1581, p. 73. Tassis al rey, 24 abril 1592.

(12) Coloma describe lo mismo la herida. «En el brazo derecho, en igual distancia del codo y la muñeca, entre las dos canillas.»

(13) Los dos al lado de Farnesio. Ibarra al rey, K. 1581, p. 76.

su existencia.» Despues abre Ibarra su carta y añade que Caudebec acaba de capitular.

Pero ya se acerca Enrique IV.—Ya os lo decíamos, exclaman á esta noticia los franceses del ejército español; muy luégo le tendremos encima.—Los españoles se retiran sobre Ivetot y permanecen quince días bloqueados por Enrique IV. Careciendo de víveres, se deciden á huir, y huyen de noche, abandonando sus baga-

jes, atravesando el Sena, corriendo desde el 22 al 30 de mayo, ó sea desde Caudebec á Chateau Thierry, con su general enfermo, en medio de mil sufrimientos y pérdidas crueles. «Hállase este ejército, escribe Tassis (1), muy menguado y disminuido... lo que hemos alcanzado de bien en este último viaje de Roan se encierra en solo haver quitado de sobre ella al enemigo... las armas enemigas han ganado reputacion...

§  
 Je vous eserys mes cheres amours des pres  
 des pres de v're peinture, que fadovez  
 seulemant pour ce quelle est faite  
 pour vous non quelle vous resamble  
 Jan puyz estre fuge competant, vous  
 ayant peynte au toute perfectyon  
 dans mon ame, dans mon ame dans  
 mon cœur, dans mes yeus,

Facsimile de una carta de Enrique IV á Gabriela de Estrées. (El original se conserva en la Biblioteca nacional de Paris)

quedando al enemigo tiempo largo para acometer cosas á su propósito sin disturbio.» Postrado Farnesio, dejaba el mando de su ejército á Rosne (2), el único capitán de valer en la Liga, y se retiraba á Spa.

Consagrar un ejército y un año á libertar á Paris, como en la primera invasion de Francia, era acaso útil; pero Ruan no valia tan enormes sacrificios. Con esto cunden, con el desaliento, las recriminaciones. Quéjase Mayena de que el mando del ejército se haya confiado, no á él, sino á Ranucio Farnesio, de Ivetot á Chateau Thierry, y á Rosne definitivamente; se indigna de que se desmiembre á Francia, dejando que se enseñoree de la Provenza el duque de Saboya; hace notar que la Liga está consagrada por el pueblo de las grandes ciudades y el clero

bajo, y que es preciso dar dinero para atraer á la nobleza (3). En efecto, Ibarra cree saber que Villars Blancas está dispuesto á vender á Ruan y que Villeroy prepara un tratado de paz entre todos los franceses. El parlamento ha vuelto á hacerse sospechoso y el cardenal legado tiene que calmar el furor del pueblo «muy peligroso furor, á lo que entiendo, dice Farnesio (4), que resume la situacion con notable buen sentido. Hállase el enemigo en buena disposicion para exhortar á concierto al partido católico entero ó parte de él, y el dicho partido, viendo que dos veces hemos venido á salvarle sin fruto cumplido y que en lugar de verse salvos, se hallan ahora más perdidos que nunca, ¿quién duda sino que entran

(3) Ms. Arch. nac. K. 1581, p. 87. Resumen de los despachos de Ibarra hecho por la cancelleria.

(4) *Ibid.* p. 86, del 30 mayo 1592. Estas cartas de Tassis revelan los maravillosos resultados de la campaña de Enrique IV en Normandía, su victoria real sobre Farnesio y sus consecuencias.

(1) Ms. Arch. nac. K. 1581, p. 86.

(2) *Ibid.* p. 89. Ibarra al rey, del 20 junio 1592.

en desconfiar de nuestro poder y que se hallan desanimados y desesperados?»

En esta crisis, en que se pone en tela de juicio su poder, Felipe II se abandona á uno de sus famosos accesos de silencio. En vano Don Cristóbal de Mora y Don Juan de Idiáquez le ponen á la vista las cartas de Tassis y de Ibarra y le dan cuenta de ellas en extracto ó resumen; el rey escribe lánguidamente al márgen: «Que se mire lo que en todo convendrá y Dios ayude su causa» (1).

IX.—Catalina de Borbon

Bien podía Felipe II desalentarse, sobre todo cuando sentía la humillación de saber que el maldito bearnés iba á llevar la guerra á su propia España. Porque Enrique IV no se limitaba á defender su río francés del Sena, sino que intentaba nada ménos, en lo más recio de sus angustias, arrojar á las provincias de Felipe la guerra que devastaba las suyas. Ponia la mano sobre su rival á propósito de uno de sus asesinatos y persiguiendo estas huellas, decía ya desde el sitio de Paris (2): «Antonio Perez acaba de llegar á Aragon; espero que en breve ha de venir á buscarme.»

Se recordará la flema con que Felipe II recibió la noticia de la victoria de Lepanto, su largo recogimiento sobre su reclinatorio, los celos implacables que removieron su corazón contra el héroe católico durante esta especie de éxtasis, el arte con que los obsequiosos empleados mantuvieron las sospechas, cultivaron la envidia, hicieron abortar los sueños de Don Juan de Austria, sobre Túnez primero, sobre Inglaterra despues. El miedo trasformó á Felipe hasta hacerle cómplice de los galopines culinarios, de los mozos de mulas, de los infames espadachines que asesinaron al humilde secretario Escobedo. Despues, cuando abatido Don Juan por el silencio de su hermano, por la certidumbre de su desgracia y por la ruina de sus esperanzas, sucumbió prematuramente, Felipe II, echando de ver que había sido víctima de las criminales trapacerías de Antonio Perez, hizo prender á este cómplice del homicidio, se exasperó por su indocilidad y se vió impulsado por la ira á perseguirle, mientras á esta nueva

(1) Ms. Arch. nac. K. 1581, p. 89, 90 y siguientes.

(2) Faye á Bellievre, 11 de julio 1590, edic. Alphen, p. 105.

víctima permanecían fieles Doña Juana Coello, la esposa apasionada y la princesa de Eboli.

En los momentos en que Antonio Perez, quebrantado por la tortura, se le escapaba de las manos y se ponía bajo la protección del Justicia de Aragon, aparecía otra mujer y se colocaba, como Aragon, entre Felipe II y su rebelde ministro: era Catalina de Aragon, hermana de Enrique IV.

Gobernaba Catalina pacíficamente el Bearn, mientras su hermano defendía á Francia, habiendo hecho de sus montañas el único rincón del mundo que permaneciera en paz. Componía música, escribía versos, traducía el griego y el hebreo (3), llevaba en su castillo de Pau una vida patriarcal, comiendo el pan amasado por su linda panadera, la Picotina, oyendo los chistes de su sirvienta, la Maturina, á quien llamaba Enrique la *loca* (4), discutiendo con sus colonos su parte en las cosechas, sin más cuidados que dirimir las querellas entre las antiguas favoritas de su hermano.

Catalina, que tenía treinta años (5), hubiera querido casarse con su primo, el gallardo conde de Soissons, fortaleciéndola en este deseo Corisanda de Gramont, que había vendido sus joyas para pagar á los reitres de Enrique IV, y andaba anhelosa de desempeñar un papel político, el de vengarse acaso de Gabriela de Estrées su nueva rival (6). Otra de sus rivales, Juana Tignonville (7), hubo de prevenir á Enrique de esta cándida conspiración (8). El conde de Soissons fué preso; pero Catalina no entró en pugna con la política de su hermano, reconociendo el absoluto poder que le había dado sobre su voluntad, según decía ella misma (9); y le hizo avisar de que Aragon parecía prepararse á un levantamiento, que Antonio Perez había trabado relaciones en este reino que le había ofrecido seguro asilo con entera libertad religiosa (10).

(3) Bolet. de la Sociéd. del protestantismo francés, t. XV, p. 23.

(4) La condesa de Armaillé, *Catalina de Borbon*, p. 128 y 274.

(5) Nació en 1559.

(6) Filiberto de Guiche, marido de Corisanda, la excitaba, acaso por venganza, en sus intrigas contra la voluntad del rey. Debía ser un espíritu ilustrado, por cuanto á él dedica Montaigne los sonetos de la Boecia.

(7) Casada, despues de sus devaneos, con el conde de Pangeas.

(8) La condesa de Armaillé, p. 144.

(9) Carta citada por Yung, *Enrique IV escritor*, p. 162.

(10) Carta del 26 de noviembre de 1591, citada por la condesa de Armaillé, p. 137.

### CAPITULO III

#### TURBULENCIAS DE ARAGON

1590-1594

LLEGADA DE ANTONIO PEREZ Á ARAGON. — CAUSAS DE DESCONTENTO. — INSURRECCION DE ZARAGOZA. — EXPEDICION DE VARGAS. — INTERVENCION DE LOS BEARNESES. — INDISCIPLINA Y MISERIA EN ESPAÑA

I.—Llegada de Antonio Perez á Aragon

Antonio Perez, con ayuda de su mujer y de Gil de Mesa, se había evadido de su prision y llega á Calatayud. Agotadas sus fuerzas, se acoge al convento dominicano de San Pedro Mártir, mientras el fiel Gil de Mesa continúa su viaje á Zaragoza y en su nombre pone en manos del Justicia de Aragon un acta de *manifestacion* (1).

En cuanto un acusado pisaba el suelo de Aragon y declarándose *manifestado* apelaba á los fueros del reino, quedaba exento de tortura y se sustraía á los procedimientos secretos, seguro de un juicio en forma: era la ley, y Felipe II había jurado respetar estos antiguos derechos. En su misma España se levanta la legalidad ante él, como en los Países Bajos.

Consultó aragoneses y castellanos, pidió informes y se llenó de enojo contra el desconcertado juez de Perez, el frío y feroz Rodrigo Vazquez de Arce (2). Este no se sentía ménos humillado que Felipe II por la súbita aparición de las leyes ante el tribunal en que perseguía él á Antonio Perez. Una sola medida es posible, decía al rey: arrancar al profugo á los fueros de Aragon, á los privilegios y derechos de la Iglesia. Felipe II vacila, no puede ménos de vacilar, mal que le pese, por mucho que le interese tapar la boca á su antiguo confidente: con todo, se decide al fin y envía á Calatayud un alcalde de corte para sacar de su asilo á Antonio Perez y restituirlo á su prision (3).

Los buenos dominicanos aseguran bien sus

(1) *Doc. inéd.* t. XV, p. 398 á 407.

(2) El dúctil Mateo Vazquez murió en 1590; había crecido en poder. «Durante las ausencias del rey, se le remitían todos los expedientes.» (Cabrerá).

(3) *Doc. inéd.* t. XV, p. 406.

puertas y, escondiendo á Perez, lanzan rayos de excomunion contra el sacrilego alcalde. Pero los arqueros del rey fuerzan las puertas, aprehéndese al fugitivo y le arrastran á la calle. Un día ántes Antonio Perez hubiera estado perdido; pero aquel día, mientras el alcalde, indiferente á la excomunion, mandaba atar sobre un caballo al preso, entraban en la ciudad cincuenta arcabuceros escoltando á Mateo Ferrer, ujier del Justicia de Aragon. Acércanse al galope y reclaman, como *manifestado* y en virtud de los derechos del reino, al acusado que quieren llevarse los castellanos. Desde por la mañana estaba el pueblo agitado: los campesinos acudían de las cercanías y todos se escandalizaban viendo violar la inmunidad de la iglesia y forzar la casa de los dominicanos; pero ya están llenos de entusiasmo al verse sostenidos por los representantes de las leyes del país. Con esto aventan á los arqueros del rey, libertan á Antonio Perez y le llevan en triunfo hasta Zaragoza, donde le dejan en la prision de los *manifestados*.

Apoyado en la pasión religiosa y en el espíritu nacional de Aragon, libre en su misma prision, dueño de sus importantes papeles, salvados por su mujer, y festejado por el pueblo de Zaragoza, Antonio Perez tiene el buen sentido de ofrecer la paz á Felipe II, y escribe al rey y al confesor pidiendo que se le deje olvidado en un rincón con su mujer y sus hijos, y él por su parte se obliga á no divulgar los secretos que posee: puede defenderse, y ha de decirlo todo; pero prefiere que todo acabe en paz.

No obtiene contestacion. Entonces envía Perez á Madrid al prior de Atocha con una nota en que resume todos sus medios de defensa